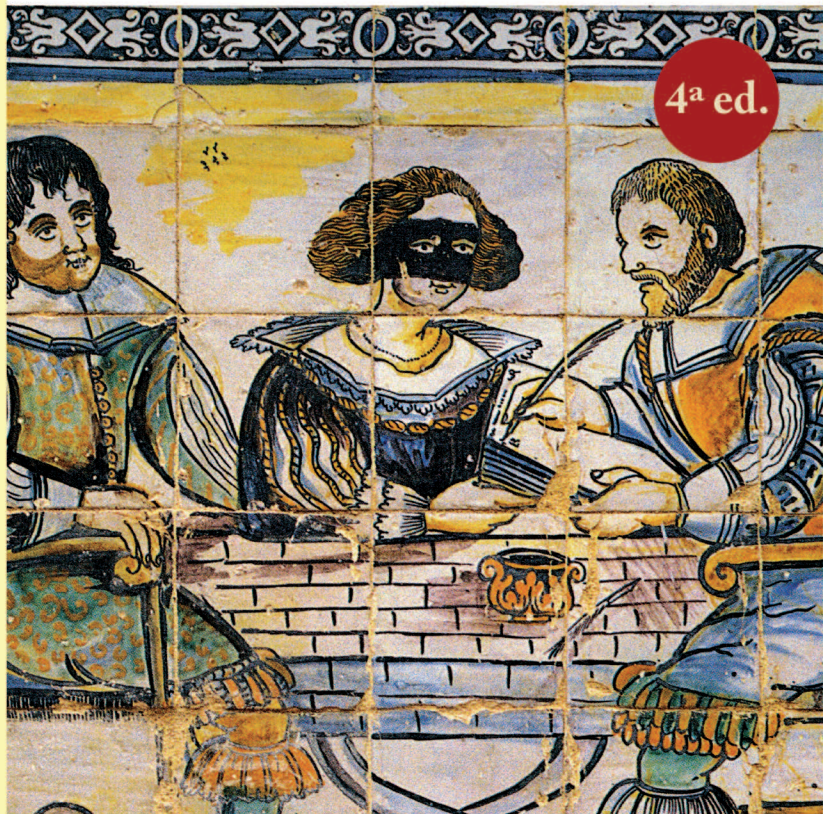


PASCAL QUIGNARD

La frontera

4^a ed.



El mayor escritor de las actuales letras francesas
(Rafael Conte, *EL PAÍS*)



Capítulo I

En el año 1979 escribí que esperaba que se me leyese en 1640. Fue 1640 el año en que se jugó el destino de Portugal. Una conspiración de nobles hizo caer la dominación española y restauró la monarquía en la persona del duque de Braganza. El duque no sólo se convirtió en rey sino que devolvió definitivamente la nación a su tierra. Entre los allegados del duque de Braganza se hallaba Francisco de Mascarenhas, a cuyas alianzas y fortuna debió la mayor parte de su

éxito. Ésa fue la primera acción que, con el apoyo de los franceses, hizo dislocarse a la infecta tiranía de Sevilla. Uno de los oficiales llegados de Francia, el señor de Jaume, que era viudo, se hizo amigo de los Mascarenhas, y los servía bien.

El señor de Jaume procedía de una modesta familia de Guyenne, era joven y no era guapo. Más que valiente era ardiente, de gran fanfarronería, lo que le valía el aprecio de sus soldados. Acudía con regularidad a torear a la plaza que el rey Sebastián había mandado construir en Xabregas. También le gustaba agarrar a los toros con la fuerza de las manos. Tenía para vivir cómodamente sin ser rico; le apasionaban los juegos y las riñas, pero también la música; de noche incurría en todo tipo de desenfreno y de día se deleitaba con francachelas y disfraces. Compadreaba con todos cuantos se mostrasen atrevidos en los campos de los alrededores de

Lisboa o en el puerto, donde se agrupaban las mujeres. Era amigo de marinos y vaqueros. Con plumas de corneja empapadas de engrudo extraían de los cepillos de las capillas las monedas o las sustraían de los sombreros de los mendigos. Siempre llevaba en el cinturón una bolsa llena de bolitas envenenadas para los esclavos y los judíos. No tenía buena reputación y recaían sobre él sospechas de que había forzado a ciudadanas de Lisboa; mas el carácter intrépido y la arrogancia los llevaba escritos en la cara, y fascinaba a pesar de la violencia o de la codicia igualmente patentes en su rostro.

Además de don Francisco y de don António de Mascarenhas, era amigo del señor de Alcobaça. Éste tenía una hija de apenas dos años con la que al señor de Jaime le gustaba jugar con una pelota de trapo. Decía, bromeando, que un día sería su mujercita. Se llamaba Luisa de Alcobaça. La mañana del día 1 de diciembre

de 1640 el señor de Jaume se sumó a los conjurados en compañía del señor de Alcobaça. Quienes verdaderamente animaban la conjura que restauró la unidad del reino no se llamaban Juan de Braganza ni Luisa de Guzmán, ni duque de Richelieu. Eran João Pinto Ribeiro, António de Mascarenhas, Francisco de Melo y Pedro de Mendonça. Ellos fueron los que asaltaron el palacio de la gobernación y desarmaron a la guardia alemana. Después desarmaron a la guardia castellana; capturaron a la duquesa de Mantova y mataron a Miguel de Vasconcelos. La duquesa fue conducida al monasterio de Xabregas y allí retenida. La fortaleza de Setúbal se rindió después de un breve asedio.

Madeira, Tánger, el Brasil, Goa y las Indias reconocieron a la nueva dinastía. En el frente catalán, las tropas y los oficiales portugueses desertaron, se fueron a Francia, llegaron a La Rochelle y al punto embarcaron para recuperar los olores

y la luz de su tierra. Cuando llegaron, el Padre jesuita Inácio de Mascarenhas salió hacia Cataluña. En 1647, los Braganza organizaron corridas en la plaza del Rossio. Don António de Mascarenhas, don Diogo de Almeida, don Francisco de Mascarenhas y don Luís Saldanha de Albuquerque bajaron al ruedo cuadrado y torearon para regocijo de todos. La pequeña Luisa de Alcobaça tenía entonces ocho años y se hallaba al lado del rey Juan en la tribuna. Llevaba un chal amarillo. Ése fue también el día en que el joven don João de Mascarenhas dijo que iba a construir un palacio que sorprendería a más de uno. En otro tiempo don Pedro de Mascarenhas había sido virrey de las Indias. También ese día el señor de Jaume bajó al ruedo e hincó a sus pies a dos toros.

En 1659, Luisa de Alcobaça era una de las jóvenes más bellas de Lisboa. Se había educado con las hermanas del convento de Braga. En algunos aspectos todavía era una niña. Tenía el

desabrimiento de los niños mimados: ya fuera el mohín o los ojos que no paran de dar vueltas, o las interminables risas sin absolutamente ningún motivo. Se pasaba todo el día, cuando no cantaba, inclinada sobre un espejito abombado procedente de Venecia que le había regalado el señor de Jaume, con el borde de madera dorada, rematado por ángeles músicos y molduras con líneas entrecruzadas. Era un regalo muy bonito. El reverso era de estaño y representaba una escena con una Judith oronda cortándole el cuello a Holofernes dormido. A Luisa de Alcobaça le gustaba mucho la música y la estudiaba con un viejo trompeta que había llegado de Francia, aunque era lorenés, llamado Grezette. Le enseñaba el clavicémbalo. Por lo demás, el señor Grezette bebía y era aficionado a la pesca. Así iba envejeciendo, entre las clases que daba a algunos señores y el placer de pescar con red en el río Tajo. Luego se quedaba al sol y bebía.

Era un excelente profesor de música. El señor Grezette tenía la costumbre, si se hallaba bajo los efectos del vino, de azotar a sus alumnos, cualquiera que fuera su edad, cuando no conseguía de ellos lo que esperaba. Al señor de Alcobaça y al señor de Jaume les agradaba ver cómo el señor Grezette azotaba a Luisa, y se reían.

La joven de Alcobaça había tenido también un compañero de juegos del que se había encariñado; se llamaba Afonso y era el hijo del intendente de la casa de Colares. Cuando Luisa cumplió trece años, a Afonso, en una capea, le había aplastado las glándulas de los genitales un toro que le había pisado salvajemente el vientre. Esa vez había tenido suerte. A uno que llevaba el mosquete lo había matado en el acto. Era un toro muy bravo; su nombre era Iesu; aquel día se volvió inexplicablemente furioso y lo tuvieron que sacrificar. Luisa de Alcobaça se precipitó, fue corriendo hasta una carreta que había allí y

en la que habían tendido el cuerpo de Afonso, quien todavía daba alaridos. Hacía tanto calor en la carreta que la habían cubierto con un cañizo. La joven estrechó contra su pecho a su amigo mientras el barbero le hacía una incisión en uno de los testículos y extraía la glándula aplastada. Aquella imagen la había impresionado mucho, así que solía compadecer a los hombres por la constitución con que la naturaleza los había dotado; no sólo por lo poco agraciada que era sino por la poca protección que les ofrecía. Después el barbero volvió a coser las bolsas en vivo. Afonso no gritó. Ella decía que en toda su vida jamás le habían estrechado la mano con tanta fuerza. Afonso murió en 1658 por la peste que causó estragos en Antalya, cerca de Estambul, donde se hallaba destinado como oficial de marina.